
CAPÍTULO V

CASAMIENTO DE COLÓN Y ESTANCIA DE CASADO EN PORTUGAL.

COLÓN había no sólo estudiado su idea en Portugal, habíala vivido, como ahora se dice. Muy pobre, los agujones de la necesidad espoleábanle á ejercer como un oficio lucrativo su maestría en cartología y á estudiar de este modo el mundo conocido, como base para las indagaciones acerca de los mundos por conocer todavía. Su destreza en la composición de las cartas marinas y de los mapamundis y de las esferas armilares y de las tablas y de los cálculos habíale granjeado medios de vivir con estrechez, pero con decencia, nutriéndolo de aquello mismo con que debía ilustrar el propio nombre y servir al planeta entero, pues no hay escuela, donde tanto pueda enseñarse y aprenderse, como en la necesidad impuesta por una grande miseria. Cuentan los biógrafos de Colón que, no contento con ocurrir á las propias necesidades en lo posible por medio de aquel su oficio, allegaba también algún recurso que ofrecer á su anciano padre ausente. Así, poco á poco, á guisa del gu-

sano de seda, extraía de su propia sustancia y esencia los hilos de la urdimbre de ideas, en cuyas mallas prendió el Nuevo Mundo, estudiado, entrevisto, presentido á la manera que un adivinador astrónomo el sol apartado y lejísimo, que no se refleja con claridad ni en la retina ni en el telescopio. Con más ó menos gusto ha denominado la poesía en sus tropos al navegante pescador de tierras como al astrónomo cazador de astros. Y si el trabajo de su oficio cooperó al destino que debía cumplir en este mundo, no cooperó menos el objeto de su amor. Colón se unió en matrimonio con una familia lusoitaliana. Llamóse Felipa Muñiz Perestrello la mujer á quien eligiera por esposa. Originarios de Plasencia, fuéronse á fines del siglo décimocuarto los Perestrellos por Lusitania, donde alcanzaron el favor asequible á las familias italianas entre los reyes portugueses, deseosos de contribuir á la obra común del Renacimiento con la colaboración de los consumados maestros nacidos en la grande Academia que se llama Italia. Este Sr. Perestrello exentábase de pechar en el año último de la centuria decimacuarta, por habersele reconocido su dignidad y carácter de fijodalgo en Oporto. Llamábase Filippone. Muy hermosas debieron de ser las dos hijas que tuvo, cuando trastornaron el seso de un señor tan obligado á castidad por sus votos y su ministerio sacerdotales, como el arzobispo Noroña, quien ceñía en aquella ocasión la mitra de Lisboa. Con dos señoritas Perestrellos enredó su corazón el voluptuoso eclesiástico; con las dos tuvo sendos hijos, que nacieron, para mayor escándalo, por las celdas de las vírgenes consagra-

das al Señor, cual si los monasterios de Cristo se hubieran trocado en harenes de sultán. Mas los vicios de sus predecesoras y parientes no afearon el alma de la mujer preferida por Colón, casta por su natural propio y por su educación religiosa. En el organismo dado á la familia entonces, fundada sobre institución como el mayorazgo, y en las dobles exigencias de la vida feudal condenada de suyo á los combates, y de la vida nauta, condenada de suyo á los viajes, las jóvenes casaderas no podían vivir bajo techos desiertos; y si no iban al hogar matrimonial, tenían que ir, aunque no profesasen, al recatado convento en calidad de huéspedes pasajeras, designadas con este genérico nombre: pensionistas. No hay para qué ir muy lejos ni para qué remontarse muy alto, si queréis ver hoy mismo una señorita cualquiera de tales condiciones. En Madrid radican varios conventos de monjas, por cierto muy empingorotadas, que ceden cuartos á jóvenes solteras pudientes, permitiéndoles llevar una vida entre claustral y mundana. En esta vida, por más que tenga horas de comunicación amplia con la sociedad y aun de salidas á la calle para visitas y atenciones, hay siempre cierto recogimiento, que da pie para cierto vagar por la lectura y por el estudio. Existen, cual base de toda vida, en tal género de conventos, monjas profesas, impedidas de salir á la calle, las cuales allí se amaestran en algunas labores femeniles y en algunas letras humanas, enseñándolas á sus pensionistas con la efusión propia del alma de la mujer. Y siempre las guarecidas jóvenes, por lo mismo que se hallan lejos de sus familias, guardan la religión de sus

recuerdos. Pertenecía D.^a Felipa Muñiz Perestrello á una familia noble, asociada por D. Enrique de Avis á sus exploraciones y descubrimientos, bien por méritos de tal familia, bien por gracia y favor del Infante. Esta familia tuvo en lote, ó como premio á tal cooperación, la isla de Porto-Santo, descubierta por los talentos y los esfuerzos de la noble y trabajadora compañía fundada en Sagres. Tal origen é índole de la familia fueron parte á que doña Felipa supiese por el sentimiento y por la educación, de oídas y de vista, muchísimo en todo aquello á que los suyos prestaban atención en el hogar, muchísimo del estado y del gobierno de las islas. Leyes como las que asocian en química las moléculas afines asocian en sociedad las almas afines. El descubridor por excelencia debía casarse con la hija de un descubridor. Colón solía ir á misa con frecuencia, no sólo en cumplimiento de sus obligaciones religiosas los domingos y demás fiestas de guardar, por pura devoción. En aquel tiempo no se habían divorciado el pensamiento científico y la Iglesia cristiana.

Así como Copérnico, destinado á cambiar el cielo tradicional, defendido por la teología católica, murió en brazos, como buen sacerdote, de sus creencias maternas, vivió Colón, destinado á traer, con disgusto de las supersticiones ortodoxas, los antípodas á conocimiento de todos, destinado á cambiar el planeta de la tradición, como Copérnico el cielo, vivió bajo las dos alas de su vivísima y pura fe. Habitando en Lisboa cerca del monasterio de Todos los Santos, á él concurría para sus devociones; y concurriendo con asiduidad á él, debió prendarse allí de

D.^a Felipa Muñiz Perestrello, hasta pedirla y obtenerla en casamiento. El misterio resulta siempre un templo para el amor. Hay en todo misticismo una parte de sensualidad que se demuestra con leer obras, por su intención íntima tan puras, y por sus conceptos varios tan sensuales, como *Las Moradas* de Santa Teresa ó como los versos de San Juan de la Cruz. Miradas que fulguran tras las rejas y las celosías de los coros; dulces voces femeniles unidas con las cadencias del órgano y con los murmullos del rezo; alientos trascendiendo á incienso y suspiros tomando á la oración prestado el vuelo; promesas de una eternidad como la que asegura el amor á sus juramentos; figuras envueltas en velos y hábitos que van errando entre vírgenes y ángeles, junto á las aras, por el pie de los altares, bajo bóvedas esclarecidas por melancólicas lámparas semejantes á idealizadas estrellas; todo aquello que constituye y caracteriza un encierro de monjas, ocurre al amor con tantas emociones, que debe trocarse, allí sentido, como en deliquio donde se derrite el alma deseosa de buscar por otro mundo, sólo abierto á la muerte, una seguridad y un reposo necesarios en los afectos profundos y en los arrobamientos extáticos. La religión entra por mucho en pasiones como las que unieron á Felipa y Colón, pues junta en su amplio seno, por medio de una síntesis maravillosa, lo que crea y lo que destruye, ó el amor y la muerte. Sin embargo, el cariño de Colón á la joven lusolitaliana debió tener caracteres más positivos, dado el deseo que sentía de vivir el marino para realizar en edad madura la obra, ya pensada maduramente al tocar en los

últimos años de la florida juventud. Además, creyendo como debemos creer á sus contemporáneos, el excelso piloto presenta dos condiciones capaces de trastornar el seso, no diré á D.^a Felipa Muñiz, á toda mujer: la elocuencia y la prestancia. Por su prestancia cautivaba los sentidos y por su elocuencia cautivaba las almas. Tan bien conformado como toda la raza heleno-latina, raza de formas estatuarias, tenía la color blanca y el pelo rubio de sajones y eslavos, hermosura muy atractiva en los pueblos morenos y pelinegros. Respecto de su elocuencia, creemos firmemente que debía enamorar por las naturales transiciones, en todos sus escritos notadas, ya del habla vulgar al habla científica, ya del habla científica al habla religiosa, elegante sin énfasis en la primera y profundo sin obscuridad en la segunda y arrebatado sin extravío en la última.

Cosa tan averiguada, como dicha por un historiador cercano á los hechos que refiere, Fernando Colón, cual el nombre de la mujer legítima de su padre, oído mil veces en labios de éste y del hermano mayor, no debía engendrar dudas de ningún género y correr como hecho cierto en la posteridad. Pero no solamente se duda hoy de que Felipa Muñiz fuera Perestrello por su padre; se niega. Y se niega por hombre tan sabedor de historia colombina y americana como HARRISSE. No puede, no, negarse que, aparte los escritos trazados por la pluma del descubridor ó por la pluma de aquellos que alguna vez le acompañaran, como el Dr. Chanca, no hay monumento histórico alguno tan cercano á Cristóbal Colón, como la

historia escrita por su propio hijo. Pedro Mártir escribe de todo y de todos en un centón epistolario, ó en unas décadas á vuela pluma, en que sus emociones cabrillean mucho, pero en que trata poco de los orígenes del descubridor. Con decir que, para designar su nacimiento, le llama ligur, nombre comprensivo de toda una región, y con añadir que comienza las décadas oceánicas con el embarque de Colón, está dicho todo. Otro tanto digo de Bernáldez, historiador de los Reyes Católicos y de su política general: no podía subir hasta los antecedentes de Cristóbal Colón; aunque lo conoció y trató, redujose á los viajes del descubridor, que tantos esplendores inmortales y tantos épicos tonos prestan á la gloria de sus héroes. Oviedo, paje de la corte castellana en aquel tiempo, presencial testigo de los hechos por él referidos, sigue respecto del matrimonio de Cristóbal, como afirma el mismo HARRISSE, á Las Casas y á Fernando, es decir, á los dos autores con mayor autoridad y competencia para industriarnos en la vida privada del maravilloso Almirante. Pero todos los historiadores contemporáneos que la echan de críticos, dan tras Fernando con verdadero furor, y lo ponen de oro y azul á causa de los muchos errores encontrados en sus páginas. A cada línea suya salta un gaza-po, suelen decirnos. Así, muchos eruditos, como el escrito castellano y original de la historia trazada por Fernando sobre la historia de su padre, no ha parecido todavía; como se publicó la primera vez en italiano y entró en las letras patrias por el camino tortuoso de las traducciones; como sólo hubiera la versión de Ulloa hecha del libro ita-

liano, versión éste á su vez, creían apócrifa, contrahecha ó interpolada con pasajes llenos de fábulas y mentiras la célebre biografía del padre por el hijo. Necesitóse la publicación del P. Las Casas, la publicación de sus volúmenes históricos acerca del descubrimiento de las Indias, que, mencionado allí el trabajo de Fernando, desistieran los contradictores de la negación esgrimida por ellos tantas veces, y vinieran mal de su grado á reconocer la incontestable autenticidad. Pero proclamada y reconocida, todavía lo tachan de mentiroso y falso; todavía imputan al dichoso libro el propósito deliberado de una divinización del Almirante, incompatible con la verdad y exactitud históricas. En efecto, la narración hecha por Fernando de la llegada de su padre al seno de Portugal tras un combate marítimo espantoso y un heroico naufragio, resulta falsa de toda falsedad. Y aquí los contradictores hacen hincapié para demostrar la falsedad del nombre Perestrello dado á Felipa y de su generación por el Gobernador de tal apellido, por Bartolomé. En juicio y sentir de sus contradictores, Fernando atribuyó semejante paternidad á la mujer de su padre con el único propósito de unirlo á una familia de almirantes italianos que llevaban sangre azul en sus venas y pertenecían á secular nobleza de Plasencia. Convengamos en que los descuidos propios del tiempo aquel aumentan mucho las perplejidades é incertidumbres de un historiador concienzudo. Nadie querría creer que, refiriéndose á su mujer Colón en su testamento, condene á preterición el nombre y apellido. La primera mención de su nombre aparece con el tes-

tamento de Diego Colón, su hijo, quien la llama Felipa Muñiz, pero no Felipa Muñiz Perestrello. Este segundo apellido no aparece sino cincuenta y más años después de su muerte, y en la pluma de Fernando Colón, dispuesta siempre á exaltar el nombre de Colón como de buen hijo, y todos aquellos nombres que tienen alguna concomitancia con este gloriosísimo. Pero se saca mucho partido del silencio de los historiadores contemporáneos portugueses respecto de Felipa y su genealogía, cuando miraban los tales historiadores con un desvío el descubrimiento de las Indias orientales tan enorme que hay entre ellos quien yerra en el nombre de Colón hasta llamarle Pedro en vez de llamarle Cristóbal. Mas, no obstante tales reparos, cuya fuerza no puede, no, desconocerse, ninguna razón concluyente nos da el sabio HARRISSE de su aserto, sujeto á litigio más, ó por lo menos tanto, como los asertos por él combatidos. En la Edad Media no se han fijado nunca los nombres patronímicos de las familias, sujetos á muchos cambios. Cada hijo tomaba el apellido que creía cuadrarle mejor, sin acordarse para nada del apellido de su padre. Los hermanos de padre y madre se designaban con apellidos distintos de los que ahora heredarían todos en las leyes y en las costumbres nuestras. La mujer de Colón pudo ser hija de un Perestrello y de una Muñiz, anteponiendo, como solían las mujeres, el apellido materno al paterno. Lo cierto es que un cuñado de Colón tuvo el mando superior de Porto Santo, Pedro Correa, y lo tuvo porque lo había tenido el suegro suyo en vida y entregádoselo después de su muerte la suegra viuda. Lo cierto es